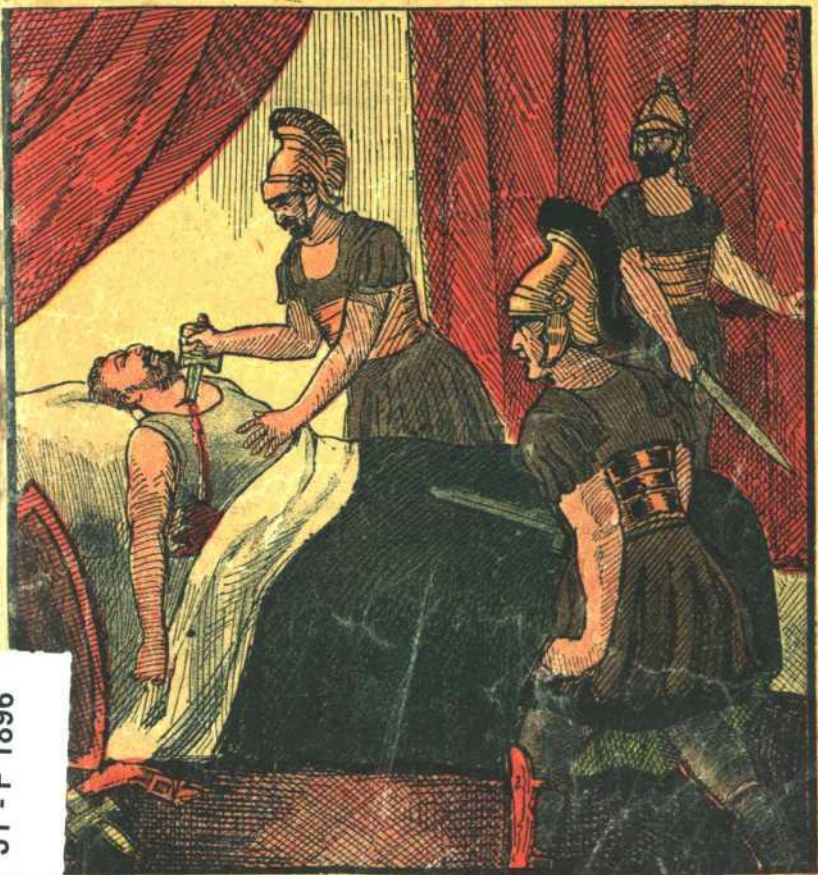




ESPAÑA GLORIOSA

EPISODIOS CULMINANTES
DE LA HISTORIA PATRIA

DE PASTOR A GENERAL
O LA MUERTE DE VIRIATO



JT - F 1896

20 CTS

ESTADO DE LA HISTORIA DE LA PATRIA
EPISCOPOS CULMINANTES



R. 160603

t. 1260855

c. 71698441



De pastor a general o la muerte de Viriato

I

En lo más espeso de los bosques de Lusitania, pocos días después del degüello general ordenado por el brutal Pretor de la España Ulterior, Sergio Galba, hallábanse reunidos gran número de lusitanos, cuyos trajes en desorden, el espanto y el temor retratado en sus rostros, las mujeres y las criaturas que les rodeaban y los objetos que en caballerías, carros o a mano llevaban, estaban demostrando que llegaban huyendo de algún grave peligro.

De pronto apareció en el bosque un gallardo mancebo, jinete en poderoso corcel, reflejando en este semblante no el temor ni la zozobra, sino la indignación y la cólera.

Al verle, muchos de los que sin duda le conocían, exclamaron:

—¡Viriato! ¿Tú también?

—Sí, repuso el joven con voz firme; pero no tembloroso y amedrentado como vosotros. ¡Por los dioses de mi patria! al veros huir como bandada de tímidas palomas a la aparición del gavilán, he dudado si érais vosotros los valerosos lusitanos que en más de una ocasión habían hecho huir las legiones romanas. Con mis ganados estaba cuando llegó hasta mis oídos el clamor de las víctimas que caían bajo el segur de los asesinos del Pretor y lleno de ira cogí las armas, monté a caballo y vine tras de vosotros para deciros: ¡Lusitanos detened vuestra planta, hombres son los romanos como nosotros y sobre ellos tenéis la ventaja y la fuerza que dá la razón y la justicia. Dejad que se escondan las mujeres y las criaturas. Vosotros cojed las armas y en vez de ocultaros cobardemente, buscad el pecho del enemigo para clavarlas en él. Dejad el bosque y la montaña para las mujeres y los ancianos. Seguidme, que mengua fuera para nosotros permitir que profanen los romanos con su planta, la tierra que nuestros hermanos han regado con su sangre.

—Los romanos son muchos, contestó uno, y nosotros somos pocos.

—Donde el número falte, suplirlo debe el valor, repuso con fuego Viriato. Seguidme os digo. Un pueblo que defiende su libertad y su independencia es más fuerte que cien legiones de tiranos. Coged las armas os digo y veréis qué pronto el puñado que hoy somos, mañana será un ejército.

—Pero donde quieres llevarnos?

—Al combate.

—Seremos vencidos.

—Seremos vencedores, repuso Viriato con acento de profunda convicción.

Y efectivamente lo fueron.

Era el año 147 a. de C.

Las ardientes exhortaciones de Viriato alentaron a los aterrados lusitanos, que cogieron las armas y siguieron al animoso joven en su rápida correría por todos los sitios

donde se habían refugiado los supervivientes a los degüellos y tropelías del cónsul siciliano Lúculo y del Pretor Galba.

No tardó mucho Viriato en reunir un buen contingente lusitanos y entonces animó a los suyos que iban a penetrar en la Turdetania.

—¿Lo pensaste bien? dijéronles algunos de sus compañeros.

—¿Para qué pensar? respondió el improvisado general. La ocasión no es de pensar sino de hacer. ¿Acaso no vencitéis en los encuentros que hasta ahora tuvimos?

—Es que en la Turdetania el Pretor Bitilio tiene buen golpe de soldados.

—Con eso nos tocarán a más.

Y el caudillo adelantó resueltamente por el camino que se había trazado y efectivamente, como los suyos habían supuesto, el Pretor Biblio salió a su encuentro.

Numerosas eran las fuerzas que llevaba y Viriato no quiso exponer las suyas a un fracaso.

Por el contrario, era necesario exaltarlas con un triunfo.

Corrió a refugiarse en un escarpado monte y allí fué a buscarle Betilio.

Apurada era la situación para el caudillo lusitana.

Pero rápido para concebir y experto para ejecutar, recurrió a una de aquellas estratagemas en que era tan diestro y reuniendo a sus oficiales que se mostraban algo inquietos, les dijo:

—Los dioses de la patria están con nosotros. Haced lo que voy a ordenaros y el peligro quedará desvanecido. Marchemos al frente del enemigo. Cuando me veais que monto a caballo, todos los infantes huid a la desbandada por diversos sitios hasta llegar a Trivola, donde me esperareis.

—Es que en esa huida seremos perseguidos y destrozados.

—¡Insensatos! ¿Creeis acaso que no estoy yo aquí para entretener a Betilio hasta que hayais llegado a Trivola? Haced lo que os digo y tened conganza en mí.

Era tal la influencia que aquel hombre extraordinario ejercía entre los suyos que obedecieron.

Salieron al encuentro de los romanos.

Mil caballos tenía Viriato y cuando éste, como dijo, montó a caballo como disponiéndose para hacer frente a los enemigos, todos los infantes que parecían haberse formado en batalla para esperar el choque de los romanos, echaron a correr en todas direcciones.

Betilio, ante un acto tan incomprensible, mucho más viendo ante sí aquella masa de caballería, estuvo indeciso durante largo tiempo.

Cuando por fin se decidió por atacar. Viriato se lanzó a la carrera huyendo, seguro de haber salvado su infantería.

Betilio se lanzó en su persecución.

Con una habilidad extraordinaria, Viriato estuvo enteniéndole, haciéndole comprender siempre que continuaba huyendo, pero al mismo tiempo iba dando sus disposiciones.

Cuando lo juzgó oportuno porque ya el terreno le era más favorable, hizo alto.

El romano creyó entonces la victoria completamente segura.

Con las fuerzas que llevaba pensó arrollar a su contrario y se lanzó a la pelea.

Mas, de repente, se encontró rodeado por todas partes de aquella infantería que había juzgado dispersa y sin importancia alguna y allí dejó cuatro mil muertos y gran número de prisioneros, pereciendo él también a manos de un lusitano que le atravesó el vientre con su espada. (1).

(1) Masdeu.—Historia crítica de España.

II

Semejante éxito llenó de asombro a los romanos y de tal modo alentó a los hispanos, que acudían de todas partes donde eran víctimas de las vejaciones de los cónsules y Pretores y de todos los funcionarios que enviaba Roma, que en breve tiempo contaba Viriato con un ejército numeroso.

Entonces pudo apreciarse todo lo que valía, aquel que, calificado por los romanos como un jefe de bandidos, aun cuando de origen oscuros, supo elevarse como jefe por su ardimiento personal, asegurándole en esta gerarquía sus condiciones políticas y militares de que dió tan relevantes muestras.

De una constitución vigorosa, valiente, superior a todo encomio, inaccesible a la fatiga, ágil, de hercúleas fuerzas, sóbrio, acostumbrado a dormir poco y a pensar mucho, sorprende a los escritores extranjeros que un hombre con tan excepcionales condiciones, hubiese podido ser tan buen soldado como excelente general, ganar batallas campales y negociar tratados ventajosos, siendo considerado en gran manera tanto por los romanos como por los españoles.

Lo que sorprende a los escritores extranjeros, dice uno de nuestros historiadores contemporáneos, los españoles nos lo explicamos perfectamente con solo decir que Viriato fué un excelente cabecilla, un perfecto guerrillero».

La derrota de Betilio, como hemos dicho, tuvo gran resonancia y los restos de su ejército, mandados por su Cuestor, unidos a los belos y ticios, pueblos aliados, formaron un cuerpo de cinco mil hombres que salieron al encuentro de Viriato.

Pero en mal hora lo hicieron.

Enardecidos los lusitanos con su anterior victoria, pasaron a cuchillo a los soldados del Cuestor, de tal modo,

que no quedó uno para llevar al romano la noticia del terrible desastre.

Libre de enemigos, pudo Viriato penetrar resueltamente en la Carpetania, sin que sus soldados se atrevieran ya a oponerse.

Aquellas fertilísimas tierras facilitaron al atrevido caudillo socorros de que estaba falto su ejército.

En medio de esta correría llegó a su noticia que el Pretor de la España Citerior, Cayo Negidio, reuniendo un ejército numeroso se disponía a cortarle el paso.

—Las tropas de que dispone el Pretor, le dijeron, son tres veces superiores a las tuyas.

—He vencido fuerzas cinco veces mayores, con que todavía pelearé ventajosamente con el Pretor.

—Es que él trae ingenios y máquinas de guerra de que tu careces.

—Pero el Pretor y sus soldados pelean por el botín que quieren defender y nosotros peleamos por la independencia y la libertad, repuso Viriato. Los soldados de Roma llevan en su ejército vivanduos y mercaderes y rameras, y los míos no llevan más que sus armas y el escaso alimento que necesitan. Los soldados de Roma, llevan consigo lechos para descansar y víveres en abundancia para saciarse. Los míos, se alimentan con yerbas cuando no tienen otra cosa y duermen sobre el duro suelo, lo mismo que yo. Decid ahora de parte de quien está la ventaja.

Las presunciones de Viriato se realizaron por completo.

Cayo Negidio fué vencido como antes lo fué Betilio y después de él, el Pretor Cayo Unimano que el año siguiente envió Roma contra él.

Con grandes esperanzas de éxito llegó también a España el Pretor Cayo Plancio que apenas puso su planta en el lugar donde Viriato había alcanzado tantos triunfos, averiguó el punto donde se encontraba y preparó numeroso ejército para destruirle y acabar de una vez con aquel famoso caudillo de bandoleros, según le calificaban.

A orillas del Tajo encontráronse los dos fuerzas y aun

cuando no entraron en juego todas, los soldados del jactancioso Pretor fueron vencidas.

Más tarde, cerca de Eborá, entrambos ejércitos pudiendo desplegarse ampliamente, llegaron a las manos y la batalla campal dió comienzo.

En ella hizo alarde Viriato de sus dotes de entendido general, llenando de asombro al mismo Pretor, cuyo ejército fué completamente derrotado, hasta el extremo de que los soldados de Viriato llegaron a apoderarse de las insignias pretoriales y si Plancio pudo salvarse fué porque corrió a encerrarse en la primera ciudad murada que encontró.

Este nuevo triunfo acabó de sembrar el terror entre los soldados romanos.

Cayo Unimano hubo de sostener algunos otros combates con Viriato, en todos los cuales sus tropas fueron derrotadas.

En el último combate, uno de los generales que el Pretor llevaba consigo, cayó herido. Creyéndole muerto, el romano le dejó abandonado en el campo.

Alcanzada la victoria, al recoger Viriato un herido, vió llegar a uno de sus soldados llevando auestas a un caballero romano.

—¿Que traes ahí, Ebusio? preguntó al soldado. ¿No ves que ese hombre está muerto?

—Vive, repuso el soldado y no he querido dejarle que muera sin prestarle auxilio.

—Bien hicistes, Ebusio, repuso entonces Viriato. Matar en el combate, pero no negar nuestros socorros ni aun a nuestros enemigos.

De esta manera hablaban los soldados hispanos. ¡Implacables contra los fuertes, pero humanos con los vencidos!

Y de tal manera llegaron a atemorizar a los romanos aquellos soldados bravíos, feroces en la pelea, sóbrios y fuertes, que un día, en ocasión que estaban frente a frente ambos ejércitos, un soldado lusitano que se había separado

más de lo que debía de los suyos, fué sorprendido por algunos caballeros romanos.

El soldado al comprender la imprudencia que cometiera no quiso pedir gracia, que es muy posible no le hubiesen querido otorgar.

—Entrégate si quieres salvar tu vida, le dijeron los romanos,

—Salvad la vuestra si podeis, contestó el soldado con esfuerzo.

—¡Por Júpiter! dijo uno de los caballeros, que bríos tiene el hispano. Más yo se los quitaré.

Y echó el caballo sobre el soldado.

Pero éste no retrocedió.

Al contrario, hizose firme allí y con la lanza atravesó el cuerpo del caballo, al mismo tiempo que con su espada cortaba el cuello del jinete.

Tal fué la sorpresa o tal vez el espanto de los romanos, que el bravo soldado pudo retirarse ileso de aquel sitio. (1).

III

En medio de este período de constante actividad, teniendo que combatir casi diariamente, refugiándose en los bosques más que en las ciudades, Viriato, que tiempo hacia amaba a una mujer, hija de un rico español, resolvió casarse.

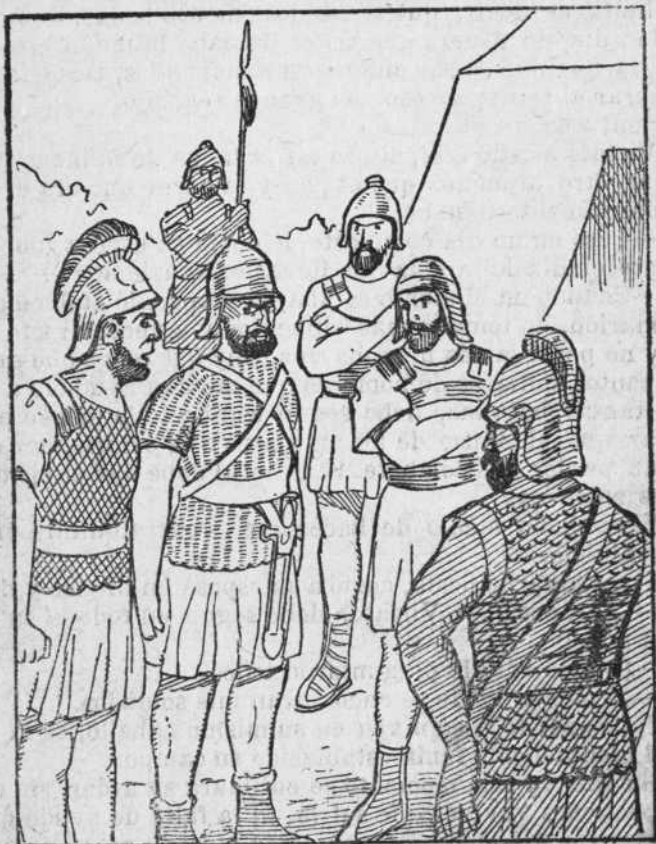
Aquel hombre que botines tan notables había alcanzado en los distintos combates que ganara, jamás reservó nada para sí.

Todo lo repartía entre sus soldados, despreciando siempre todas las comodidades que el lujo y el regalo pudieran proporcionarles.

Su vida, su porte y su traje eran los de un soldado como los demás.

(1) Rígurosamente histórico.

VIRIATO



—Seas tú y Miminuro los que hablen con el Cónsul.

Pobre era cuando cogió las armas para defender a sus pueblo y pobre seguía en medio de sus victorias y de sus triunfos.

Inútil es decir, que tratándose de sus bodas, lo mismo la familia de Aluera que así se llamaba la mujer elegida, que la propia, y especialmente sus oficiales, tratarían de celebrar el fausto suceso con grande regocijo.

Suntuoso era el festín.

Viriato asistió a él, sin soltar la lanza de su mano y sin tomar otro alimento que el pan y la carne que era el que ordinariamente tomaba.

—Pero en un día como este, le decía su esposa ¿no has de prescindir de la vida que llevas ordinariamente?

—Cuando en el monte estaba, la respondió afablemente su marido, no tomaba más alimentos y a veces ni aun este, y no perdí jamás ninguna vez. Hoy que tengo que guardar tantos millares de hombres que me han ayudado a ganar tantas batallas, debo seguir comiendo lo mismo para evitar que el abuso de los manjares o la embriaguez, me hagan perder un combate. El general debe dar el ejemplo a sus soldados.

Y no hubo medio de hacer que se extralimitara en lo más mínimo.

Al terminar la fiesta, cogió a su esposa en brazos y dijo:

—La esposa de Viriato, debe seguir en todo la suerte de su marido.

—¿Dónde vés? le preguntaron todos.

—Al monte donde se encuentran mis soldados.

Y colocando a su mujer en su mismo caballo, se la llevó al monte donde tenía establecido su campo.

Sin que un solo momento se entibiara su ardor, sin que los pequeños reveses que sufría, ni la falta de ayuda que, por decirlo así, toda España debía haberle prestado para arrojar de su seno a los romanos, fuesen obstáculos para entorpecer la obra que se había propuesto, Viriato no se daba momento de reposo.

En vano iban llegando de Roma, Pretores para susti-

tuir a los que habían sido vencidos o muertos, en vano, muchas ciudades, fieles al pueblo invasor como sucedió con Segóbriga, (Segorbe), le rechazaban tenazmente; el valeroso caudillo, con fé en la causa que sustentaba continuaba sin desfallecer.

Segóbriga, como hemos dicho, aliada de los romanos, opúsose a Viriato.

Este, por medio de uno de aquellos ardides en que era tan diestro, consigue sacar fuera de la ciudad a sus defensores.

Una vez en el campo, sevuélvese contra ellos, los vence y se lanza entonces al asalto de la ciudad de la cual se apodera apesar de la heroica defensa del vecindario.

Este, en masa, lo mismo los hombres que las mujeres y que los hijos, vertieron hasta la última gota de sangre para sostener la fe jurada.

De estos contratiempos que tanto perjudicaban la causa de la independencia que tan decididamente defendía Viriato, tuvo varios, pues como ya dejamos expuesto, continuaba su marcha sin que se quebrantase su entusiasmo.

Roma, no podía ver sin algún recelo aquella insurrección que siempre estaba latente, que destruía su ejército, que gastaba en breve espacio o privaba de la vida a sus generales, y que de no cortarla podía anular su denominación en España.

Así fué que en el año 145 a. de C. resolvió enviar otro ejército consular, cuyo mando confió al cónsul Quinto Fabio Máximo Emiliano, el cual, después de haber pasado a Cádiz a hacer sacrificios en el templo de Hércules, estableció su cuarte general en Orsona (Osuna).

Pero poco importó a Viriato la llegada del ejército consular de 15 000 infantes y 2.000 caballos.

Los lusitanos, sin cesar en sus correrías por aquellos lugares, dieron buena cuenta de gran número de soldados.

Irritado el cónsul, envía a su lugar-teniente con la mayoría de las fuerzas, y cerca de Orsona le encontró Viriato y le derrotó por completo.

El cónsul comprendió que había cometido un error y trató de repararlo.

Era necesario adiestrar a sus soldados en los ejercicios militares y reprimir la licencia de que disfrutaban.

Los soldados romanos estaban muy viciados; la desmoralización cundía rápidamente entre sus filas y era preciso obrar con severidad y energía para evitar los males que de semejante manera podían sobrevenir.

Nuevos Cónsules y Pretores vinieron a España y la guerra continuó con mayor encarnizamiento.

Fabio Máximo Emiliano, terminado su consulado, quedó con el cargo de Pretor en la España Ulterior, llegando con el cargo consular a la España Citerior Cayo Lelio Sabiente.

Reformado el ejército de Fabio marchó al encuentro de Viriato, y por primera vez el caudillo lusitano fué vencido, viéndose obligado a retirarse a la Lusitania perseguido por el romano.

Este se detiene a descansar en Córdoba, pero Viriato, innaccesible a la fatiga y el desaliento, penetró en Castilla y aun cuando sufre un nuevo revés al encontrarse con el Cónsul Lelio, se rehace enseguida y en una nueva campaña en la Bética, derrota a los romanos, se apodera de la ciudad de Ituce (Martos) y recorre libremente las comarcas de Granada y de Murcia.

En vano el Pretor Fabio, reforzando su ejército con las tropas que le envió Micipsa, hijo del famoso africano Masinisa, causa una nueva derrota a Viriato; éste por medio de una de aquellas estratagemas que tantos triunfos le dieran, revuélvese contra ellos, los acorralla y por espacio de algunos días los tuvo sujetos y humillados.

Sin embargo, la falta de mantenimientos y de gente le obligó a retirarse a la Lusitania, de donde regresó en breve siguiéndose un largo periodo de lucha incesante, derrotados hoy los romanos, para ser vencedores mañana; perdiéndose y ganándose ciudades sin que pudiera calcularse cuando y cómo podrían tener término tantas desdichas.

Sitiando estaban a Erisanes los romanos al mando del

Cónsul Quinto Serviliano, cuando de repente y por uno de aquellos rápidos movimientos en que tan duchos eran los lusitanos, se presentó Viriato.

Hizo levantar el sitio a los romanos y fué acosándoles hasta acorralarles en un lugar donde no tenían más remedio que sucumbir.

Mas Viriato no quiso obrar así y ofreció la paz a Serviliano que no tuvo más remedio que aceptarla para salvar la vida de sus soldados.

La paz se verificó y realmente no podía ser más importante.

En ella se declaraba que tanto los romanos como los lusitanos, se contentaban con los dominios que tenían adquiridos, debiendo cada una de las dos partes que contrataban respetar a la otra en su recíproca posesión.

Bajo estas condiciones, añadía el tratado: *habrá paz entre el pueblo romano y Viriato.*

Apiano, asegura que el Senado romano aprobó este tratado, pero el caso fué que se arrepintió después si tal hizo, y dió orden a Serviliano para romper las hostilidades, nuevamente.

IV

Después de celebrado su tratado de paz y amistad con el Cónsul Quinto Serviliano, parecía que la mejor armonía debía reinar entre romanos y españoles.

Pero el Senado romano creyó sin duda «que dentro del bárbaro principio de derecho internacional que profesaban, la libertad en que dejaba a las ciudades, como una generosidad suya que era, a nada la obligaba», según parece desprenderse de las palabras Apiano, y ya fuera obedeciendo este principio, ya porque juzgara denigrante aquel tratado; el Cónsul Quinto Servilio Cepion, que sustituyó a Serviliano, reanudó la guerra.

No la rehuyó Viriato. Preparado como estaba siempre con los que así faltaban a lo pactado y con varia fortuna,

vencedor uans veces, y derrotado otras sostuvo varios encuentros.

El bárbaro trato que Cepión daba a sus soldados, llegó a tal extremo que estos, no pudiendo sufrir más, se amotinaron contra él, obligándole a huir para salvar la vida.

Enterado Viriato de lo ocurrido y no queriendo aprovecharse de la ventaja que le ofrecía la situación difícil en que se hallaba su contrario, celebró consejo con sus oficiales consultándoles sobre la conveniencia de aprovechar aquella circunstancia para ver si conseguía reanudar el pacto de paz, que oficialmente no se había roto todavía.

En principio fué aceptada la idea.

—No sé, dijo Aulaco, que era uno de los oficiales, por qué guardarle tanto miramiento. Valiérate más mover la gente y pasar a cuchillo al romano y a los pocos que están con él.

—¡Por los dioses! exclamó con iracundo acento Viriato, que si otro que tú se atreviera a hacerme semejante proposición, contestárale mi lanza antes que mi lengua. Nunca abusé del caído y si hoy pienso entrar en tratos con Roma, más es por sacar al Consul del terrible trance en que se encuentra que por aprovechar su desgracia.

—Si tu quieres, dijo otro, Miminuro y yo iremos a encontrar a Servilio Cepión, para convencerle de la conveniencia que para él representa hacer la paz con nosotros.

—Seas tú y Miminuro los que hablen con el Cónsul, ya que también hablastéis otra vez, aun cuando no estuvisteis afortunados en nuestra empresa.

—¿Y no fuera mejor, dijo Hímalco, que era uno de los guerreros en quien más confianza tenía Viriato, que prescindieras de todo trato con Roma ya que tan indignamente ha pisoteado el pacto celebrado con Serviliano y caer simultáneamente contra las legiones sublevadas y contra el Cónsul y ponerles en el caso de que ellos sean los que te pidan gracia?

—No aconsejes tal, repuso Didalco que era quien se acababa de ofrecer para ir con su compañero Minuro para

tratar con el romano. Viriato sabe bien que nuestros soldados necesitan descanso y...

—Los lusitanos, dijo Himalco interrumpiendo a su compañero, ni se han quejado jamás de la fatiga, ni han desobedecido jamás la orden de su jefe. Si yo me muestro contrario al envío de tal mensaje, es porque bien lo saben los dioses, no tengo confianza en él.

Pero lo que Himalco no se atrevió a decir entonces fué, que no tenían confianza en los que habían de desempeñar aquella misión.

Viriato en cambio no abrigaba desconfianza alguna.

Desoyendo la voz de sus amigos, confió a Didalco y Miminuro, a los que se unió finalmente Aulaco, el mensaje para Cepión y los tres partieron aquel mismo día para su campo.

—Mal hiciste, Viriato, le dijo Himalco, cuando más tarde entró en la tienda de su jefe. Presagios tengo de que esos hombres no conseguirán lo que tú deseas.

—Aprensiones tuyas, que no presagios, debes decir Himalco amigo. ¿En qué fundas esos presagios?

—Por tres noches consecutivas el canto del buho ha resonado sobre tu tienda mientras tú dormías. El odre que encerraba el aceite para nuestros soldados sin que nadie le tocara se quebró esparciéndose todo por el suelo. El...

—Cese tu labio de pronunciar tales palabras, indignas de un soldado como tú. Los lusitanos podrán ser vencidos en un combate, pero jamás destruidos.

Didalco y sus compañeros podrán no obtener la satisfacción que pretendo pero...

—Aulaco, ya sabes que trató de ser traidor una vez.

—Pero reconoció su error y le perdono. No pretendas llenar de sombras mi espíritu que necesito tenerle claro y despojado para llevar adelante mi empresa.

Con estas palabras puso Viriato término a la conversación.

La noche anterior a su llegada, Viriato según acostumbraba, después de haber reconocido su campo y haberse

asegurado que la vigilancia se ejercía perfectamente, entró en su tienda para entregarse al descanso.

Largo rato llevaba durmiendo, cuando arrastrándose por el suelo como culebras, sin producir el más leve rumor, los tres embajadores que Viriato enviara a Servilio Cepión, penetraron en su tienda.

Medio desnudos, con el cuchillo en la mano se fueron aproximando al lecho donde reposaba el gran general hispano.

Los tres miserables, cuyo nombre execrable ha conservado la historia, se habían dejado ganar por las proposiciones que el romano tal vez les hizo, y sigilosamente penetraron en el campo y como tan conocido lo tenían, pudieron llegar hasta la tienda de Viriato.

Este dormía tranquilamente cuando el hierro de uno de aquellos cuchillos le atravesó la garganta quitándole la vida.

Con el mismo silencio que entraron, volvieron a salir del campo y corrieron en busca del Cónsul a pedirle el premio de su hazaña.

Pero el Cónsul, para evitarse que se le complicara en aquel hecho, los arrojó de su lado vituperando su perfidia y diciéndoles que fuesen a Roma a reclamar el precio de su crimen.

De este modo se realizó una vez más, aquella verdad de que...

El traidor no es menester
Siendo la traición pasada.

Al saberse en el campo lusitano la fatal noticia dice un historiador. «Llanto universal, clamores confusos y lamentos amargos oíanse por doquier. Unos derramaban lágrimas de sus ojos, no acostumbrados a ellas, sobre el frío cadáver. Otros, con el acero en la mano buscaban a los infames homicidas».

Pero éstos habían desaparecido y «el hombre más valeroso de España, horror del mundo y afrenta de Roma en vida y muerte» yacía sobre la pira, que si bien consumió su cuerpo, no pudo consumir su gloria.



